

Precios de suscripción

→←

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas

Fuera . . . 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54

→←

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

La Unión Republicana de Lorca

El domingo próximo pasado, día primero del año, se eligió por el libre sufragio de los afiliados la Junta de este Distrito Electoral del partido de Unión Republicana, con arreglo á las Bases de organización dictadas y promulgadas por el Jefe D. Nicolás Salmerón y Alonso.

Fué un acto honroso y ejemplar el que realizaron en ese día los republicanos de Lorca, y así en honor y obsequio de la verdad debemos proclamarlo. La elección, que fué nutridísima, se desenvolvió con el mayor orden, sin que la afearan los pujilatos groseros del personalismo, inspirándose todos en el único anhelo de constituir para la dirección un organismo serio, vigoroso, donde los diversos matices del republicanismo histórico estuviesen armonizados, donde las distintas clases sociales tuvieran su representación, donde se equiponderaron con el más perfecto equilibrio los entusiasmos de la juventud, la fortaleza de la madurez y la reflexión sesuda de la experiencia.

Y hay que reconocer que un éxito feliz coronó anhelo tan noble. Basta tener en cuanto el efecto extraordinario que ha causado en la opinión del país, hasta en los indiferentes y en los adversarios del ideal republicano, la candidatura triunfante sin oposición ni lucha en la elección á que nos referimos; candidatura que ha juntado en un haz poderoso y fuerte todos los elementos desarticulados antes en fracciones, y que si no tuviera otros muchos méritos que la avalorasen siempre tendría el de llevar á su frente el nombre prestigioso y respetado de D. Pedro Muñoz Peña, persona honorabilísima á quien una inquebrantable consecuencia política, una labor de treinta y siete años en el profesorado oficial de segunda enseñanza, una actividad consagrada por entero al estudio y una probidad sin sombras, prestan títulos más que sobrados para llevar dignísimamente la representa-

ción y la dirección suprema del partido local de Unión Republicana.

En Lorca, pues, ha constituido el republicanismo una organización de gran valer y poderío, dispuesta á la propaganda y á la lucha y con medios muy singulares para alcanzar señalados triunfos; una organización que afirma sus raíces en el pueblo y que debe ser un constante paladín de la moralidad y la justicia, en esta Ciudad tan holladas y escarnecidas; una organización, en suma, que por sus elementos, por sus ideales, por sus propósitos claramente traducidos desde el primer instante, sin rebasar la esfera propia de su desenvolvimiento, está en condiciones de llevar á cabo una soberbia empresa de renacimiento político y administrativo y social en nuestra población.

Frente á esa organización, desarrollada y amplificada con una actividad sin tregua, nada podrán ni significarán los desmedrados organismos turnantes, manchados por la infamia. No han tenido ellos hasta ahora más fuerza que la que les prestaba la disgregación popular. Al amparo de esa disgregación, sin el estorbo de un recio núcleo que les cerrara el paso, han podido conservadores y liberales apropiarse como un feudo el país, saquear sus bienes, expoliar sus rentas, vejándolo y oprimiéndolo con todo linaje de ruines atropellos. Pero esas dos partidas merodeantes solo ejercen su pudor y sus influencias, como los fantasmas, entre el miedo y las supersticiones de los ignaros. El día en que un partido culto y disciplinado despierte la conciencia dormida de la multitud, la misión y el predominio de esas gentes han concluido.

Por eso nosotros nos felicitamos de que se haya constituido con tanto acierto y tan dichosos auspicios el partido de Unión Republicana. Ese partido, con independencia de sus deberes meramente políticos, que erigirse en fiscal de las administraciones locales y sanear con sus severas inspecciones el vergonzoso sistema que padecemos.

EL TRIUNFO DE RUSIA

Crónica de Dicenta

Busco en mi alma cuerdas que vibren sacudidas por el heroísmo guerrero de Stoessel, y no las hallo. Stoessel iguala á los mayores héroes militares; pero mi alma, educada en otros sentimientos y dirigida hacia otros ideales, no puede, no sabe estremecerse con las bravuras de un soldado.

El emperador japonés felicita al defensor de Port-Arthur; el Czar le llamará su hijo predilecto, le pondrá una cruz más sobre el uniforme, mientras el Santo Sinodo le pone otra bendición más sobre la cabeza, y el guerrero slavo saldrá por las rotas defensas al frente de sus tropas con todos los honores militares, á tambor batiente.

El nombre de Stoessel pasará á la historia; Stoessel volverá á Rusia para gozar los triunfos materiales y morales á que le hace acreedor su heroísmo. Los soldados que pelearon con él y fueron héroes sin esperanzas de recompensas, esos se morirán de incógnito bajo los escombros de la rendida fortaleza, abonarán con sus restos en descomposición los campos manchurianos, ó volverán á Rusia, los inútiles á mendigar, los sanos á cavar la tierra y á pagar las contribuciones.

Para esos soldados defensores de Port-Arthur no habrá más cruces efectivas que la amarga cruz de su vivir, ni más bendición que la de sus padres, ni más historia que la referida en voz baja por cuatro viejos junto á hogares escasos de alimento y de leña. El Czar les llamará hijos cuando desfilen por delante de él y les tratará como siervos cuando se desperdigen sobre la estepa.

Cuando pienso en esto se me llenan los ojos de lágrimas; y si no encuentro en mi alma palpitations de entusiasmo para el bárbaro heroísmo de Stoessel, las hallo de ternura y de compasión para los infelices soldados que le ayudaron á hacerse héroe.

Por lo demás, la rendición de Port-Arthur me ha causado profunda alegría. No ciertamente por el triunfo de Mutsu-Hito y de su Japón oficial. ¿Eso qué? En tal sentido significan lo propio á mis ojos el Czar que el Mikado.

Mi alegría es porque la caída de Port-Arthur prologa el principio de otra caída: la caída de la Rusia oficial; de la Rusia que representa para la civilización una amenaza, y para la humanidad una deshonra.

Si Port-Arthur no hubiese caído; si la escuadra rusa no se hubiese deshecho á golpe de cañón japonés; si Kuropatkin no hubiese ido de retirada en retirada y derrota en derrota; si todos esos batallones y barcos, si todos esos jefes con uniformes festoneados de pieles y bordados de oro hubiesen impuesto al Japón, por decretos de la victoria, las voluntades del autócrata ruso, ¿qué hubiera hecho el autócrata ruso, el pontífice de la Rusia oficial, con la otra Rusia, con la Rusia humana, que gime de hambre en las estepas y agoniza de miseria en los talleres y tiembla de espanto en los gabinetes de estudio? ¿Qué hubiera sido de los ganados de humanas criaturas, que los caprichos del autócrata llevan de un lado á otro cuando bajan humildemente la cabeza, y que las ferocidades del autócrata entierran en las minas siberianas y cuelgan de las horcas cuando quieren alzar la cabeza en son de protesta ó de rebeldía?

¿Qué hubiera sido de toda esa Rusia si la victoria se inclina del lado de Nicolás II? ¿Qué hubiera sido!.. El Czar triunfante, sus generales vencedores, las tropas volviendo á la patria para imponer el despotismo á balazos y la servidumbre á crujidos de látigo; los que durante la guerra maldijeron de ella por iniqua y de sus iniciadores por insensatos y crueles, sacarían de su oído á los instrumentos de tortura; repoblarían los *in pace* de nieve, que la muerte, con ser tan ligera en vaciarlos, nunca deja vacíos; los pensadores tendrían que echar la llave á sus cerebros; los trabajadores que poner mordazas á su hambre y puntales á su resignación; las esperanzas de libertades y progreso que detener su viaje á la realidad; Europa, inclinada ante los vencedores, que sufrir sin protesta el encastillamiento de la barbarie en plena civilización. Todo enmudecería ante la voluntad del autócrata y la dinamita sería la única voz redentora que se alzase en el imperio ruso.

Ahora, no. La derrota de la Rusia oficial es el triunfo de la Rusia humana. Los uniformes festoneados de pieles y bordados de oro, las armas relucientes, los barcos podridos de cañones, la vistosa quincallería con que el despotismo se ufana para cifrar en ella su